

El taller de escritura. Nada serio, por supuesto

Maite PÉREZ LARUMBE*

Parece mentira que gentes con una competencia oral más que aceptable tiemblen ante un papel en blanco como lo hicieron de párvulos ante su primera cuartilla pautada.

Que seres capaces de contar una anécdota con eficacia y atraer la atención del respetable por su tono, su afilada capacidad de descripción o sus acertadas acotaciones sean incapaces de hilvanar un pequeño texto de cinco líneas sobre algo tan habitual como su desayuno o los ruidos de sus vecinos.

Que personas de todo tipo y condición con experiencia vital más que suficiente para orientarse en las procelosas aguas de la existencia sólo sean capaces de escribir de la infancia, las castañas en otoño o los días de lluvia y los amores perdidos.

Mentira parece, pero es así. ¿Qué nos pasa con ciertas habilidades? ¿Por qué esa aparente incapacidad de expresión escrita si manejamos el lenguaje a diario, repetimos continuamente el esquema básico de introducción-nudo-desenlace en nuestras comunicaciones, distinguimos lo que es ir al grano de lo que no y nos censuramos, aun antes de pensarla, cualquier expresión que de lejos pueda siquiera confundirse con algo calificable de cursi?

¿Por qué a la hora de escribir perpetrarnos textos sin principio ni final, que en realidad no dicen nada o dicen cosas contradictorias cuando no abierta e involuntariamente risibles?

¿Por qué si nos proponen escribir un poema nos crecen chales y tormentas al fondo y una profunda desazón vital, cunden el hipérbaton, el retruécano y palabras como bella o telúrica o la página se llena de sangre y gemidos que sonrojan? ¿Por qué tantas veces lo arcaico de la expresión y lo reducido del repertorio argumental? ¿Por qué la madurez personal no se corresponde con la madurez al bolígrafo o al teclado?

Son preguntas que me hago repetidamente y me contesto con la misma frecuencia aunque entiendo que me doy respuestas parciales que no llegan a explicar el fenómeno en su totalidad. Ante la imposibilidad de conseguir una explicación totalizadora por la vía racional, he recurrido al mito.

“Los dioses, que envidiaban con tenacidad y empeño a los mortales, decidieron que algunas actividades necesarias para la vida tales como el ordeño manual o mecánico de las vacas o el control de los vuelos estuvieran a cargo de personas a quienes se exigiera competencia máxima en el desempeño de su trabajo y no se valorara de forma especial, mientras que otras tareas secundarias o algo incaificables como la escritura adornaran a quienes las eligieran con atributos cercanos a lo olímpico y los convirtieran en inigualables, alejados, excelsos, diferentes, faros de sus contemporáneos, pararrayos de la razón y pilares de sabiduría. Los dioses creyeron que así, instaurando este orden profundamente injusto, los seres humanos se alzarían unos contra otros. Y sería divertido verlos. Pero los seres

39

* Escritora. Imparte clases de talleres de escritura creativa

humanos no necesitaban grandes excusas para pelearse y aquel designio divino no era peor que muchos otros, así que los humanos siguieron a lo suyo. Unos ordeñaban, algunos controlaban vuelos, la mayoría se peleaba y algunos, que contaban todo esto por escrito, rozaban lo olímpico. En el mundo subterráneo, los grandes editores comenzaron a frotarse las manos”.

Es decir, que mientras todo el mundo es consciente de que peor o mejor podría ordeñar una vaca o controlar un vuelo (con tiempo, paciencia, dedicación, estudio, esfuerzo, claro está), la mayor parte duda de poder completar un folio. Si a esto le añadimos que también funciona una segunda convicción y es que esto de escribir te sale o no, como las canas y es por lo tanto un acto ajeno a la voluntad, la confusión está servida.

El taller de escritura es el lugar donde cambiar la realidad descrita al inicio de este artículo y conseguir llenar con garbo el bendito folio en blanco. Y como casi siempre, y más a estas alturas, para aprender es necesario desaprender primero. Sólo así podemos llegar a comprobar varias cuestiones elementales:

Que todos y todas podemos escribir, en solitario o en cívica y feliz promiscuidad.

Que como los relojes o los armarios, el texto tiene sus engranajes y armazones, sus adornos y su finalidad. Que no es lo mismo escribir un reloj que un armario y que esto hay que decidirlo pronto. Que escribir es sobre todo tomar muchas decisiones antes de escribir. Y también reescribir repetidamente. Es decir, que escribir básicamente es lo de menos.

40

Que los sentimientos son materia literaria pero no la única ni la más importante, que la biografía personal debe meterse en la mochila junto con las lecturas, los telediarios, los prospectos de los antirreumáticos, el viaje que no hemos hecho y la asignatura que nunca cursaremos. Que todo, lo que sí y lo que no, cabe en esa mochila-estómago que almacena y procesa.

Que casi todo está dicho. Que lo nuevo es decirlo de otra forma. Que la forma más fácil de ser original es ser uno mismo.

Que hay que leer como espías industriales, para ver cómo lo hacen los consagrados y para pillarles en falta, que es lo más divertido.

Que como es altamente improbable que de un taller de escritura surja un premio Nobel (de literatura, por supuesto) y menos aún que el galardón se lo disputen dos de sus participantes, uno o una pueden dedicarse a aprender, disfrutar y hacer unas risas completando un texto similar al siguiente, que tal vez les suene, porque creo que es famoso: “Cuando me desperté una mañana después de un sueño intranquilo, me encontré sobre mi cama convertida en un monstruoso insecto.” Y una vez completado, buscar el original y leerlo, claro. O renovar el lenguaje de la jota introduciendo elementos y preocupaciones propias del agricultor contemporáneo: la subida del gasoil, las ayudas de Bruselas, el calentamiento global, etc.

Que son dos días y el taller de escritura permite, además de lo anterior, hacer acopio de herramientas, ampliar la definición de “lo literario” y en algún caso incluso diseñar un proyecto personal para llevar a cabo fuera del aula, en las frías tardes del invierno, mientras el viento aúlla en las calles y el fuego arde en las chimeneas... o era verano y como no soportaba la piscina me refugié en el cibercafé...